

«La invenció; les noves idees; viure pensant. Això és ser humà. Amb una objecció: hi manca la fertilitat. El desig».<sup>1</sup>

*El teu gust.* Isabel-Clara Simó

«Todo duerme en la tierra y todo despierta de la tierra».

*La amortajada.* María Luisa Bombal

1. «La invención; las nuevas ideas; vivir pensando. Eso es ser humano. Con una objeción: falta la fertilidad. El deseo».



LA LUZ



Evito a toda costa mirar entre mis piernas. No quiero ver el rojo. Me levanto de la cama y en el pasillo noto el caldo ardiente y denso deslizándose por la cara interna de mis muslos, inequívoco, preñado de derrota. Meo sin tocar el váter y me meto en la ducha. Un hilo viscoso me atraviesa la ingle, lo siento sin verlo, esa gota de tinta ultraconcentrada que cae despacio y se detiene a medio camino entre el pubis y la rodilla. Con la alcachofa en la mano, espero a que el agua se caliente para borrar el fin de la promesa imaginaria que entierro cada mes en un surco cavado por mí misma. Allí se fertiliza, recibe su alimento, crece y se hincha como un globo hasta que, treinta días después, asoma la cabeza para morir de nuevo.

El agua me cubre entera, quemándome la piel. Noto el primer pinchazo en el fondo del bajo vientre. No reacciono, solo tomo una inspiración profunda y hundo los dedos en los mechones que se estiran y se suavizan al contacto con el vapor. Embadurno el cabello con champú y rasco las raíces aplicando la poca violencia que me permiten mis brazos fatigados, anquilosados después de abandonar el sueño abruptamente. Luego buscaré un Espidifen.

El segundo calambre me golpea fuera de la ducha. No quiero ir a trabajar, pero, en lugar de llamar a mis jefes e inventarme cualquier enfermedad, me preparo para introducir la copa en mi vagina enrojecida. No miro, pero conozco el camino de memoria; sé que si lo sigo no me mancharé demasiado los dedos ni deberé enfrentarme a un copioso excedente bajo el grifo. Aunque llevo a cabo el proceso con sumo cuidado, la uña del dedo índice rasga un milímetro de carne y me parece que se desprende un pedacito. No me impresiona la sensación física, sino la imagen que no estoy viendo, la que recreo tras mis párpados cerrados. Esa carne desprendida y su sangre, que se mezclarán con la otra sangre, la que viene de más adentro; todas las sangres recogidas en el recipiente cónico de silicona, látex y plástico quirúrgico; todas en la taza de un mismo váter, en las mismas cañerías; todas indivisibles e inútiles. Me lavo las manos, froto una contra la otra contando diez, quince, veinte segundos. Cuando vuelvo a mirarlas están limpias, impecables. Cubro mi sexo con unas bragas de las que no me importa manchar, me tomo un café para bajar el Espidifen, me pongo las gafas de sol y salgo de casa.

A las ocho de la mañana, el autobús viene lleno de locales y turistas. Encuentro un sitio libre, me deshago de la chaqueta y abro la última novedad de la editorial. Leí esta historia por primera vez cuando aún era un manuscrito con un argumento salpicado de carencias. Lo salvaron la ausencia de faltas de ortografía —algo poco común en los aspirantes a escritores— y la ilusión de que los personajes traspasaban los límites de la novela, como si esta fuese la fotografía de un año más de sus vidas en el que confluían varios sucesos extraordinarios que los desestabilizaban durante un tiempo para luego permitirles regresar a un equilibrio renovado.

*Pulpos fuera del agua* fue mi primer trabajo como lectora editorial. La responsable —y única integrante— del departamento de comunicación, llevando a cabo tareas que exceden sus funciones y sin recibir ni un euro más por ello. Acepté la petición porque Ignasi acababa de marcharse de casa y yo necesitaba ocupar mis ratos libres en tareas que me distrajeran de la culpa y el arrepentimiento. Leyendo *Pulpos fuera del agua* —cuando aún se titulaba *La vida infeliz*—, descubrí un poder que no otorgan las notas de prensa ni la organización de presentaciones, y mucho menos las

llamadas y correos electrónicos de seguimiento que envió de lunes a viernes a los medios de comunicación.

Aquella lectura depositaba en mis manos el futuro de un autor desconocido. Si por una travesura de esas que hacen los niños para comprobar los límites de la paciencia de sus padres dijera no en vez de sí, habría una persona, un tal Néstor Gallego, apenas tres años mayor que yo, que nunca recibiría noticias nuestras o, peor aún, que sería rechazado con un aséptico correo en el que mis jefes habrían copiado y pegado la consabida fórmula: «Su obra no cumple los requisitos mínimos de calidad exigidos por nuestra editorial». Y todo sería una broma enmascarada de la que Néstor Gallego, su gran protagonista, nunca se enteraría, una broma que reduciría su trayectoria a una insignificante y desaprovechada bola de papel arrugado en el fondo de una papeletera a la que jamás se asomaría nadie.

En cambio, dije sí al original de Néstor Gallego, y toda la maquinaria editorial se puso en marcha para publicar su primera novela y lanzarla a lo más alto de las listas de ventas. Al menos esas eran las aspiraciones de mis jefes. El libro lleva dos meses y medio en el mercado, y algo menos de mil ejemplares vendidos, una cifra nada despreciable pero que no se acerca ni remotamente a las expectativas iniciales de los editores. Aun así, el editor número uno sigue convencido de haber publicado una obra maestra, y me felicita con frecuencia por haber sabido advertir antes que nadie el potencial de una voz como la de Néstor Gallego, tan contemporá-



nea y universal al mismo tiempo, tan «hábil para sumergirse en la materia que permanece oculta incluso para el propio individuo y extraer verdades incómodas y sin embargo indispensables si queremos desembarazarnos del sutil pero condenatorio antifaz que nos ciega cada día». Esto lo escribí yo para la faja de la novela, ese infame señuelo publicitario que se aplica a cualquier título que aspire a destacar en las librerías —y en las ventas, por descontado—. Redactar el texto de la faja de *Pulpos fuera del agua* fue la recompensa no remunerada a mi feliz —feliz, eso creían ellos, eso cree todavía el editor número uno— descubrimiento literario, y la señal incontestable de que, por lo visto, se me dan mejor las fajas que los titulares, así que desde entonces fui nombrada única responsable de los textos de las fajas de todos los libros que editáramos a partir de ese momento. Huelga decir que sin cobrar más ni reducir cargas laborales por otros flancos.

De un día para otro pasé de ser una periodista convencional reconvertida a la comunicación corporativa a recibir halagos casi diarios de mis jefes —al principio de ambos, a la larga solo del editor número uno— y el agradecimiento eterno de Néstor Gallego, que destapó la identidad de su madrina literaria en la primera reunión con los editores. Ellos me invitaron a estar presente en el encuentro y yo, por supuesto, acepté. Era lógico que quisieran que me implicase desde el principio en la rueda editorial, dado que se podía decir que fui yo quien, en esa ocasión, la había puesto a girar.

Los editores y yo llevábamos veinte minutos esperando a Néstor Gallego en el vestíbulo de la oficina, inquietos y expectantes. Empecé a fantasear con la idea de que nuestro nuevo novelista estrella no apareciera, ni ese día ni al siguiente ni ninguno. En un pestañeo edificué los cimientos del relato de personaje misterioso que aliñaría la promoción del libro si al final Néstor Gallego resultaba ser el pseudónimo de un autor huraño que se arrepentía de nuestra cita y solicitaba una relación puramente epistolar. La personalidad esquivada de un escritor sin rostro incrementaría el valor comercial y publicitario de la obra.

Néstor Gallego solo podría conceder entrevistas telefónicas, tal vez con la voz distorsionada por el efecto de una aplicación gratuita para el móvil. En las presentaciones serían otros autores medianamente afamados quienes, desde la palestra, tratarían de arrojar luz sobre la enigmática figura del artífice de *La vida infeliz*, y mano a mano con el público teorizarían sobre las razones que llevan a alguien con tanto talento a rehuir la popularidad y el reconocimiento de las masas. Probablemente Néstor Gallego prefiere invertir todo el tiempo posible en su verdadero oficio, la escritura, algo que está en las antípodas de la promoción mercantilista y la divulgación de la propia imagen, dirían los escritores para concluir el debate, y añadirían: Néstor Gallego no solo es valiente, también es listo, porque se tira de cabeza a la piscina de bolas en la que capitalismo y arte retozan y se hunden hasta que las fronteras de uno y otro quedan to-

talmente difusas, y sale digno e indemne, con su identidad inmaculada. Y luego, a falta del verdadero autor, serían los escritores invitados quienes firmarían los ejemplares de *La vida infeliz* a los asistentes.

Por mucho que esta historia me hiciera gracia, no me quedó otra que desecharla, porque Néstor Gallego acabó presentándose en la oficina, media hora tarde y con las axilas destilando sudor. Se había puesto un traje de chaqueta que desentonaba por completo con los pantalones vaqueros y las camisetas básicas e intercambiables que tanto a mí como a los editores nos gusta vestir. Llevaba un maletín de cuero cuarteado y gafas de montura redonda sobre las que se aplastaban los mechones de su flequillo empapado. La humedad se acumulaba en los cristales. Néstor Gallego se disculpó por el retraso: había venido en una de esas bicicletas municipales de alquiler y, por muchas vueltas que había dado, no había podido encontrar una estación en la que quedase algún poste vacío. Al final había candado la bici a una farola frente al edificio.

Por las miradas que se dirigían los editores mientras caminábamos hacia la sala de reuniones, me pareció que su aspecto les resultaba divertido: cándido y pretencioso al mismo tiempo. Se notaba que había invertido tiempo y esfuerzo en planearlo, y que había acabado siendo víctima de toda esa producción. Igual que yo en tantos actos conmemorativos o entregas de premios literarios provinciales. Por pensar que me quedaría corta de etiqueta, acababa siendo

la más elegante del lugar, y a poco que el vestido tuviese un adorno llamativo o que el pintalabios fuese un tono más oscuro de lo recomendado por el tácito protocolo, resultaba ridícula e inapropiada.

Además, parecía que Néstor Gallego tenía el mismo problema que yo a la hora de combinar prendas y accesorios: era evidente que los pantalones y la americana pertenecían a conjuntos distintos y que los zapatos amarillos —que, sin duda alguna, estrenaba ese día— eran un intento fallido de crear contraste con la pretendida formalidad de la indumentaria. Vi claramente a Néstor Gallego probándose los en una zapatería, tratando de evocar su traje de piezas independientes, si es que en ese momento sabía ya qué se pondría en la primera reunión con aquellos editores que no habían disimulado en cada correo y llamada telefónica cuánto les fascinaba *La vida infeliz*. Al reconocer mi torpeza social en la de Néstor Gallego, me enternecí un poco.

En esa primera reunión, Néstor Gallego aceptó el nueve por ciento de cada venta. Se comprometió a pulir, en un período de tiempo muy limitado, los aspectos argumentales menos sólidos que yo había señalado en mi informe de lectura. También accedió sin rigideces a cambiar el título de la novela.

—*La vida infeliz* no funciona. Buscaremos algo mejor. Pero es normal, no te preocupes —le dijo el editor número uno—. Helena es un hacha escribiendo notas de prensa y, sin embargo, no da una con los titulares.

Levanté la mirada de la libreta que llevaba conmigo a todas las reuniones y en la que nunca registraba más que garabatos y cartelitos con mi nombre, un resquicio de la adolescencia, cuando llenaba los márgenes de los libros de texto con Helenas escritas con la tinta purpurina y brillante de mis bolígrafos de gel. El editor número uno me criticaba delante de Néstor Gallego, como si, por el hecho de que sus nombres conviviesen en un contrato, el autor recién llegado se convirtiese automáticamente en cómplice de las fragilidades internas de la empresa. Me sobrevino un calambre abdominal que no tenía nada que ver con la sangre, sino con la rabia que elige un momento inadecuado para manifestarse.

—A lo mejor es que debería estar seleccionando futuros éxitos de ventas en vez de redactar notas de prensa que nadie lee —dije yo.

Los editores rieron mientras parecían buscar la manera de derivar la conversación hacia otro tema. Néstor Gallego me miró como si no comprendiera nada.

—Ah, claro —dije clavando la mirada en los cristales sucios de sus gafas—. Es que yo fui la primera persona de la editorial que leyó tu novela.

Néstor Gallego sonrió como un niño que se ilusiona después de mucho tiempo sin alegrías.

—O sea, que es a ti a quien tengo que dar las gracias.

—Bueno, se podría decir que sí.

Menos mal que tengo confianza con mis jefes.

Otro pinchazo en el vientre. Cierro de golpe el libro de Néstor Gallego y me encojo sobre mí misma. Cuando me incorporo, noto una cálida humedad empapando mi entrepierna. Miro de reojo a la señora del asiento de al lado: está sumida en la infinitud de su muro de Facebook. Aparto la mochila del regazo, abro las piernas lo justo, no quiero verlo pero ahí está, un punto terroso expandiéndose por las costuras de los pantalones. Tendría que haberme puesto los vaqueros oscuros. Una vez ensucié el cojín blanco de la silla de una cafetería en la que estuve trabajando toda la tarde, ajena a la copa que vertía mi sangre al exterior, traicionando mi confianza recién estrenada en la panacea de los productos de higiene menstrual: limpia, barata y ecológica, tú no la notas y, más importante todavía, los demás tampoco. En cuanto me levanté para irme, detecté el desastre. Dejé diez euros en la mesa para pagar el café con leche y compensar lo del cojín, y me fui corriendo hacia la boca del metro. Ese día sí llevaba los vaqueros oscuros.

Las dos paradas que quedan hasta a la oficina parecerán doce. Estamos a las puertas de las fiestas municipales y, donde no hay vallas, hay váteres portátiles separando sin

conciencia de segregación la periferia del noble centro de la ciudad. En estas fechas la luz se intensifica, se vuelve más nítida y cálida, las barandillas de los balcones, los contornos de los edificios, todo sucumbe a la nueva potencia de la luz. El efecto dura exactamente lo que duran las fiestas y sus preparativos, que se alargan durante dos semanas en las que la ciudad se llena de turistas y nosotros, sus habitantes, nos convertimos en actores secundarios minimizados por las muchedumbres. Luego, con el inicio de la primavera, la luz abandona las fachadas, que recuperan su aspecto blancuzco y apagado habitual, y adopta su intensidad previa, como si se tomara un tiempo extra para despedirse del invierno.

Esta sensación de una luz distinta me acompaña desde que era una niña. Entonces se manifestaba especialmente los sábados y los domingos por la mañana. Me despertaba y, todavía con el pijama puesto, bajaba a toda prisa las escaleras de mi cuarto al salón con un destino invariable: la ventana que daba a la estación de tren. Si me hubiesen aislado en un zulo durante días hasta hacerme perder la noción del tiempo y luego me hubieran liberado sin pistas sobre el día en que me encontraba, habría podido asegurar que era sábado con solo observar la luz, tan potente, colándose por la ventana y reflejándose en las vías y en la fachada de la vieja estación, colonizando el pueblo y mi casa con descaro y una sublime autoridad. Los fines de semana la luz era de un blanco violento y parecía burlarse de quienes cumplían sus obligaciones laborales encerrados en una cafetería, en

una tienda o en un despacho, y de quienes por enfermedad o simple apatía no saldrían de casa en toda la jornada.

Un sábado quise compartir con mi madre el secreto de la luz. Le pedí que se fijara bien, que mirase atentamente el asfalto del aparcamiento de la estación, cómo había pasado de negro a un blanco feroz. Le dije que contemplase el vuelo de las palomas cuyos domadores pintaban con colores fluorescentes, todas buscando al unísono el origen de aquella fuente de calidez impropia de un día lectivo. Pero ella solo me dijo:

—La luz es la misma todos los días.

Y luego supongo que me preguntó si tenía deberes que hacer.

Me gustaría que ella naciera cuando la luz se transforma. Por estas fechas, quizá el año que viene. Cualquiera mañana de sábado o de domingo.

Seguro que ella sí percibiría los matices de la luz.